

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

UnderWood

Segunda época

Año 1/ Nº 4

Marzo

1998

Rosario





barlin

café bar de la cortada
pje. zabala 1128 / rosario

Salón de Cortes

THE LOOK

LAVADO Y CORTE	\$ 10
ESTUDIANTES	\$ 7
JUBILADOS	\$ 6

20% DE DESCUENTO
PRESENTANDO LA
REVISTA

Ahira.com.ar | Archivo Histórico (frente a la Aduana)

1ro de Mayo 960

LIBRERIA VITES



Compra y Venta
de libros nuevos y usados

Sargento Cabral 74
(frente a la Aduana)

Tel: 24-66 16

Viajeros de la
UnderWood



Publicación bimestral
de narrativa y poesía.
Año 1/ N° 4 - Rosario 03/98

Editores: Mercedes Gómez, Diego G. Martínez
Colaboradores: Pablo E. Teobaldo, Fernando Talló,
Marcelo Valenti, Federico Tinivella,
Abelardo Nuñez, Gabriel Roel, Adriana
Osella

Diseño: Diego G. Martínez

Ilustraciones: Javier Hernández - Fernando Rossia

Publicidad: Mercedes Gómez

Ventas: Cecilia "Pitu" Di Paolo

Mensajes: Ma. Paula Alzugaray, Lisandro
Gonzalez

Redacción: J.M. de Rosas 929, 10° "C",
tel: (041)488864.- Rosario

Correo electrónico: dim@citynet.net.ar
Director y Propietario: Pablo J. Solomonoff

RNPI N° 894500

Imprenta: Multicopias

ACLARACION DE LOS EDITORES

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Boletos para la lluvia

Diego G. Martínez

En las calles se escucha el crujir silencioso de los adoquines recalentados y el suave respirar de tu cuerpo vivo.

Cuando la gente llegue ya nos habremos ido, recorriendo los tramos que no conocemos.

En aquella esquina vocifera un hombre solo, ofreciendo los boletos para ver la lluvia en esa misma tarde.

"Por 30 centavos admire la belleza de la lluvia. Sólo 30 centavos. Tenga su boleto. En 15 minutos comienza el espectáculo."

Y hace tanto que no la sentimos, no sabemos nada de la lluvia, que hurgamos en los bolsillos en busca de la salvación.

¡Qué gran desolación! Ese hombre, parado en la esquina desierta, como si todos hubieran emigrado hace instantes; con el cielo gris preparado para caer y las hojas de los árboles cargando con la pesada humedad.

"Deme dos."

Extiendo mi mano y deposito en su boina lo justo. La perspectiva de una calle descubre el río al fondo, confinado al último lugar, alterado violentamente por un viento que no existe, que no mueve ni un pelo.

El hombre nos da los boletos numerados, que coinciden con las únicas dos banquetas plegables que coloca en el medio de las cuatro esquinas. Los números están impresos borrosamente en los asientos de chapa.

"En menos de 5 minutos", nos dice.

La falta de ruidos se hace insostenible, deseamos ferozmente el comienzo.

Ya sentados en el medio de la intersección, te convido a mirar hacia arriba; en el cielo encapotado se distinguen manchas más oscuras. Tomás mi mano y sonreís. Acabás de sentir la primera de las gotas, que se desglosan con impaciencia, como perlas que escapan de un collar cortado.

El calor insoportable se retira vencido por la lluvia presurosa. Aparecen, de a uno, los sonidos que produce. Puedo identificarlos, de a

uno: cayendo sobre las hojas del eucaliptus; golpeando el cordón a mi derecha; tintineando en la canaleta de esa casa; llenando el cuenco de tu mano.

Música, dulce música que se complace en respetar nuestro momento.

El hombre de los boletos no nos defraudó. Apenas comenzó la función, se retiró dejándonos en paz.



MENSAJES

- ◆ La presentación de nuestro número 3 de noviembre/diciembre fue engalanada con la visita relámpago de Antognazzi Carlos O., ilustre visitante de esta sección.
Te esperamos siempre Carlos!
- ◆ Recibimos saludos de la gente del programa "Encuentros con Rosario", que emite FM 95.1 Radio Star. Les mandamos un abrazo de papel.
- ◆ Nos escribió Fernando Talló desde Amsterdam, de quien publicamos el cuento que aparece en este número. Gracias!
- ◆ Llegó también carta de Laura Prati, colaboradora y amiga santafesina, que nos envió además su libro de relatos. Muchas gracias!
- ◆ Desde Madrid escribió Victor J. Pérez Fernandez-Pacheco, saludándonos y reservando su pasaje para la próxima Viajeros. Dalo por hecho.

Esperamos tu mensaje en:
J.M.de Rosas 929, 10° C / dim@citynet.net.ar

Algo queda

Pablo E. Teobaldo

-Robá algo.

Dice Pablo.

-No me jodas.

Hago como que respondo. Y me levanto. Camino hasta la puerta. Y me voy.

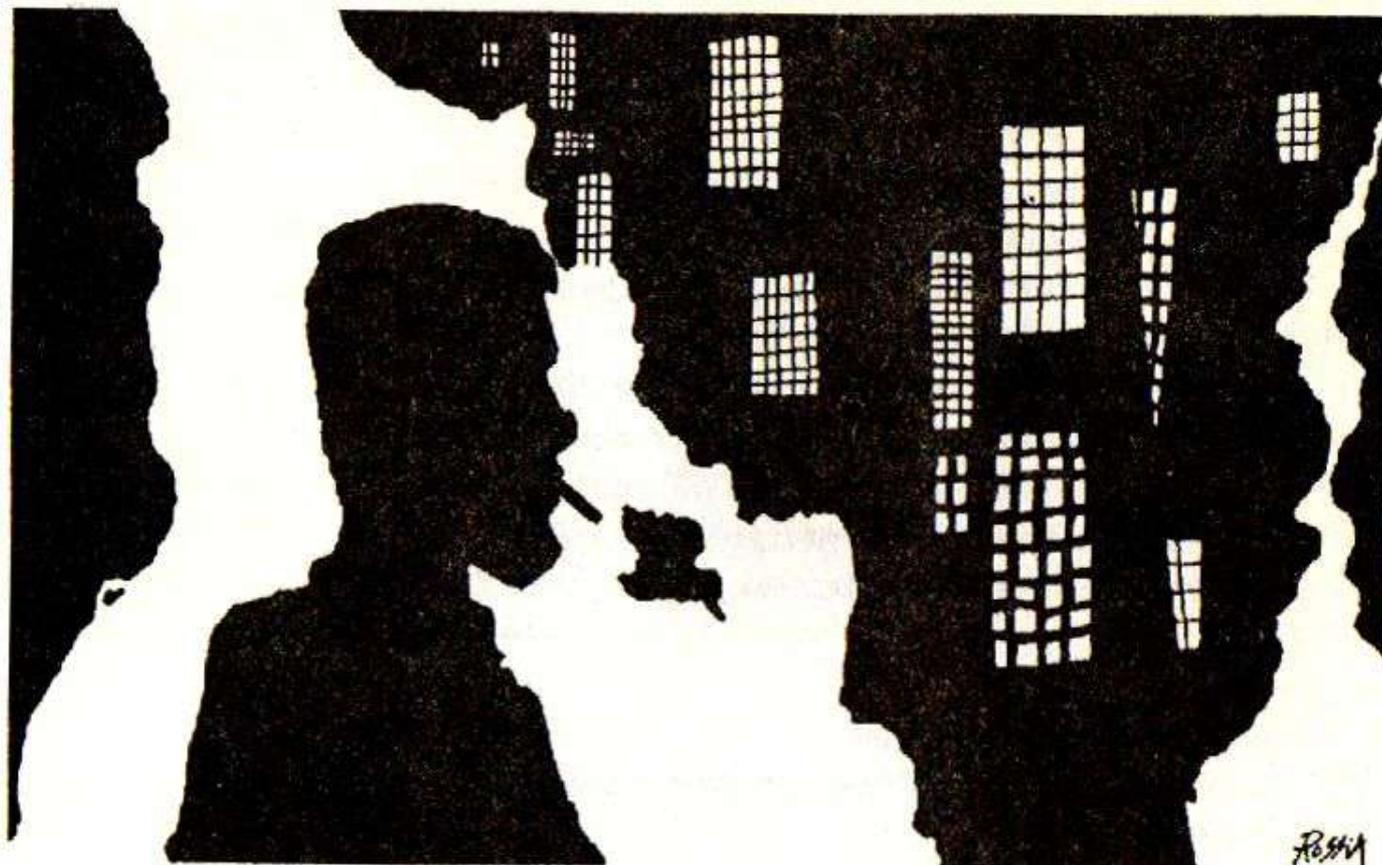
Afuera, termina de llover.

Días bravos estos de Rosario, la gran ciudad a orillas del gran río, el Paraná. Calor y esa humedad que *te mata, te revienta*. Estamos de reviente. No, estamos reventados, colgados de tanto no ver, de tanto pasar por los mismos lugares que, encima, se nos hacen similares, cada vez más iguales a sí mismos, y por **lo mismo** han dejado de transformarse, y caen, se deshojan y quedan menos que desnudos. Ahora hay nubes grises y negras y caen unos goterones espesos, aceitosos y tibios, y los insectos que habitan en las cloacas están descando el diluvio para poder mostrarse a la no mirada de transeúntes que no hacen otra cosa que transcurrir de vereda a vereda, cordón de por medio.

Tengo hambre y también tengo sed (algo poco agradable), y el último peso se me fue en vino. Vino malo, de cuarta. Hoy no hay fútbol, ni en el Parque ni en Arroyito, y no puedo ir con la banda a buscar giles a quienes poder sacarles algo. Y estoy cansado, para variar. Las pocas personas que caminan el pavimento, tipos prevenidos, abren sus paraguas y buscan refugios, salidas, entradas, lo que sea, nada, nada. Ahora sí, ahora llueve.

¡Y qué mierda puedo hacer, sin una moneda y sin, sin un carajo! Ni una tarjeta magnética para ir en colectivo al bar. Y queda lejos, por lo menos veinte cuadras. No queda otra, a caminar. Mastico el chicle sin sabor y le doy. La calle vacía, salvo autos oscuros (o se me aparecen oscuros) con luces que encandilan y me dejan los ojos en blanco, y eso que todavía no es de noche. Pero *ya* es de noche, aunque las luces de mercurio no hayan despertado. Dos, tres cuadras, la camisa se moja y los vaqueros se mojan y mi bronca me moja la cara y, qué, **¡qué!** De arriba llueven putas y sapos y víboras y piedras y.

Una calesita, un patrullero dobla en la esquina. Todo bien, me digo,



los canas deben estar buscando un bar, igual que yo, ni se van a molestar en mirarme la jeta. Pasa el auto, sigo caminando, todo bien, todo bien.. Que suerte la lluvia. Una, dos cuabras más. Un pendejo, dieciséis, diecisiete, cruza la calle y se viene a mi vereda. Miro adelante, atrás. Nadie, parece. Además, está muy negro *todo*. Manoteo la púa en mi bolsillo de atrás. ¿La saco? ¿Hace falta? Mejor evitar quilombos. Encaro.

-Eh, vení para acá no hagás boludeces quedate tranquilo que tengo un chumbo y si me jodés te quemo quedate piola quedate tranqui.

Lo abatato, lo apuro bien. La experiencia.

-No, che, qué pasa, qué pasa.

El pendejo, como casi siempre, se asusta bastante.

Callate carajo callate y dame la guita todo lo que tengas a ver dame la billetera.

Ya lo frené, ahora hay que laburar rápido.

-No, no tengo nada, no tengo nada.

Se hace chiquito y se asusta más, casi demasiado.

-Tranqui, no pasa nada, vos dame la billetera y está todo bien.

-Si, todo bien, ahora te la doy.

Bien.

-¡Rápido!

Que se apure, que tenga plata.

-Sí, sí, tomá, pero quedate tranquilo, ¿eh?

Me da una billetera con dibujitos de Walt Disney, Mickey, Donald, Pluto, la novia de Mickey.

-¿Pero ves que no tengo nada? ¿Me la devolvés?

Qué se cree, este pendejo. Todavía no ví qué hay adentro.

-¿Qué querés que te devuelva? ¡Tomatelás!

Lo miro con cara de loco peligroso. Creo que es así.

-Bueno, no te calentés, bueno.

-¡Raja!

-Pero.

-¡Pero qué! ¡Te reviento!

Le amago una piña y le doy una cachetadita inofensiva, estúpida. El pibe intenta correr.

-No. Andate tranquilo, caminando. No te des vuelta. Dale.

Está con mucho miedo. Sé lo que siente, pero me importa un reverendo carajo.

-Dale. Rajá.

Y se va, temblando. Me doy cuenta de que los arboles también tiemblan, o lo que es lo mismo, sus ramas y sus hojas, ¿Es lo mismo? Abro la billetera: boletos capicúa, un carnet de club bueno, careta; una foto recortada de una chica linda, papelitos con direcciones y teléfonos garabateados, un billete de dos pesos, una moneda de un peso, dos monedas de veinticinco centavos, una tarjeta magnética de tres pesos con varios viajes ya usados. No lo puedo creer, tanto maneje para nada. La puta madre. Me doy cuenta de que no me moví, y cruzo la calle, y busco la parada del 129, 130, y llueve, mucho. Llega el colectivo, subo.

Pip! Hace la maquina de mierda.

-A ver, flaco, dala vuelta.

Dice el chofer.

Pip! La tarjeta se mojó, eso pasa. **Pip! Pip!** Tengo que hacer tiempo, así se me acerca un poco más.

-Te vas a tener que bajar.

-Eh, maestro, pero con esta lluvia.

-Qué querés que haga.

Y sigue, son cosas de La Empresa, si sube un inspector me arma lío a mí, si por mí fuera te llevo, ya sabés cómo son estas tarjetas. Sí, ya sé. Ya sé. Me bajo. Estoy más cerca del bar. Bastante cerca.

Estoy temblando, yo, ahora. El chicle hace rato que no sirve para nada. Lo escupo lo más lejos que puedo, tratando de escupir con él la rabia y las palabras que no me salen ni nunca me salieron y la puntada en el estómago y el temblor que sé que es del bajón, y la rabia. La rabia por el bajón; la rabia por no poder zafar del Turco y su merca de mierda, que tomo como un gil con los giles de mis amigos, que tampoco pueden, ni quieren, ellos, zafar. *Esto es coca de la buena, qué te creés*, nos dijo. En ese momento todavía me importaba saber qué me metía en la nariz, no como ahora. Ahora no. Quisiera irme a mi casa.

Pero si no tengo.

Llego al bar, nada más está Pablo, solo en una mesa para cuatro. Tiene una cerveza de litro a medio terminar, con un solo vaso. Me saluda, no llama al mozo ni le pide otra cerveza ni mucho menos otro vaso para mí.

-Negro, ¿me alcanzás uno?

Le hago señas al que hace de mozo. Me siento frente a Pablo, junto a la ventana. No hay música, por suerte, y puedo escuchar tactactactac las gotas.

-Qué hacés, che.

Me habla Pablo.

-Cómo va.

Le contesto a Pablo, creo.

Y no hablamos más, por un buen rato. Estoy hartito y con la peor onda, y quiero un pase de buena merca, o de la que sea, hasta la del Turco.

-Pero a vos no te fía, eh.

Me comenta este amigo.

-¿Desde cuándo?

Estoy de la cabeza, muy agreta, todo mal.

-Desde ayer. A mí tampoco me fía, ojo.

Se ataja el muy hijo de puta, que seguro algo tiene, *seguro que sí*. Tomo la cerveza, la trago. Tragar, tragar, meterse. La lluvia está amainando.

-¿Y qué vas a hacer?

Me pregunta.

- ¿Eh?.

- ¿Qué vas a hacer?

- No sé, no sé. Ya veré.

- Mirá que recién ahora se hizo de noche.

- No sé, ya veré, no me jodas, querés.

Pausa.

- Robá algo.

- No me jodas.

Me levanto, camino hasta la puerta, y me voy.

Afuera, termina de llover. Eso parece, ojalá que sí.



CONVOCATORIA

UNDERWOOD TOUR 98 VIAJEROS EN GIRA

Sumate a la gira de Viajeros. Mandanos tus cuentos, poesías, ilustraciones, grabaciones y objetos varios a nuestra redacción:

J. M. de Rosas 929 - 10° "C" - 2000 Rosario
dim@citynet.net.ar

Abeja reina

Fernando Talló

Para no hacer venir al camarero, señaló el plato de su vecino; el mozo asintió y Adelina se sintió satisfecha de alivianar el trabajo a ese pobre muchacho que no daba abasto con los pedidos. Además los champiñones tenían buen aspecto y eran ideales para un día invernal como ése.

El camarero velozmente llegó a dibujar una sonrisa de agradecimiento y le colocó el plato humeante sobre la mesa. Ella pinchó un hongo y se lo metió en la boca. Inmediatamente lo escupió, comenzó a dar unas arcadas y se puso pálida. Un hilo de baba le cayó de la boca.

En medio del trajín el mozo se acercó con un fajo de servilletas de papel en la mano.

-¿Qué? ¿no le gustan? - preguntó - Son riñoncitos al jerez.

La confirmación de la sospecha la puso más blanca aún.

-No, pensé que era otra cosa-.Hágame el favor de llevarlos. Y tráigame una compota de ciruelas.

Bebió un sorbo de agua y, tratando de no ser vista, hizo un buche con la idea de que no quede ni el más mínimo dejo a riñón en su boca. Se sentía molesta consigo misma: ¿cómo había podido confundir un champiñón con un riñón? Estaba claro que el cocinero los había cortado de manera que eran champiñones perfectos pero, ¿y el olor? Miró el reloj: se le hacía tarde. En la oficina tenía mucho trabajo.

Por suerte enseguida apareció el camarero y, mientras su paladar se dispuso a agradecer el sabor neutro de la compota, se acordó de su jefe. Por una asociación con lo que le había acabado de ocurrir, lo vio tomando el café que le servía todos los días. Pero la comparación carecía de validez: Adelina había sentido náuseas, ganas de vomitar, mientras que su jefe tomaba el café con gusto, hasta la última gota. En ese caso el asco era un pensamiento que seguía perteneciéndole sólo a ella.

Hacía cinco años que todos los días depositaba su saliva dentro de la tacita de porcelana. Algunas veces en forma abundante, otras en menos cantidad a causa de la acidez estomacal y en alguna oportunidad lo había hecho estando enferma, con gripe o incluso hasta incubando una hepatitis. Ultimamente el líquido transparente se veía manchado de rojo: eran sus encías, que estaban débiles.

Pero su jefe no se daba cuenta de nada y se lo tomaba todos los días, oscurito y con tres de azúcar.

Salivado el café, Adelina lo revolvía varias veces. Los dos primeros años al mismo tiempo que hacía esto, pedía tres deseos; todos relacionados con la desaparición física de su destinatario. Hasta que un día leyó en un manual de filosofía oriental que aquel mal que deseamos para nuestro prójimo tarde o temprano cae sobre nosotros.

No repitió más el conjuro y durante un tiempo estuvo preocupada pensando si alguna vez retornaría sobre ella tanta maldición invocada. Hizo el cálculo exacto: había repetido el maleficio unas quinientas setenta y tres veces. Tal cifra le produjo cierto resquemor y la angustia la invadió durante unas vacaciones completas hasta que, de vuelta en la oficina, olvidó el asunto. De todas maneras, aunque con la mente libre de pensamientos oscuros, nunca dejó de esputar.

Un día una de sus compañeras la vio. Adelina se puso roja de vergüenza y Sofía, lanzando una carcajada, le dijo algo que ya había escuchado alguna vez:

- Tonta, no te das cuenta que no se puede escupir al techo.

Temió ser delatada; pero transcurrieron los días y todo siguió como de costumbre: el hecho no pasó a mayores. No obstante, ahora se cercioraba que nadie hubiese alrededor antes de efectuar el escupitajo. Además, lo hacía rápido y con fuerza, sin siquiera quedarse un ratito viendo como su secreción se disolvía en el líquido oscuro.

El señor Musciarelli, que estaba en la parte de los archivos, cada vez que pasaba con la bandejita rumbo al despacho del jefe le hacía un chiste picante:

- ¿Y a la noche cómo hacés? ¿Te sacás los anteojos y te soltás el pelo para servírselo? -. O casi siempre:

- ¿Está calentito el café?

Pero ella seguía su trayecto impávida. ¿Cómo podía ser que la gente confundiese el odio más absoluto con algo parecido al amor? ¿Sería por una cuestión de intensidad? Casi siempre trataba de hacer oídos sordos, pero le resultaba difícil. Le dejó una propina al camarero y salió con prisa rumbo a su edificio.

Al llegar a la oficina percibió un ambiente tenso y todos parecían estar algo nerviosos, salvo el señor Musciarelli y Blanca que hablaban en voz baja en un rincón, cuchicheando, y se reían. Pero Adelina estaba tan poco comunicativa como de costumbre que no se interesó por ese

clima enrarecido. Se sentó en su silla y comenzó a escribir a máquina.

A fuerza de tener que copiar prácticamente lo mismo todos los días, había desarrollado la capacidad de tipear y pensar en otras cosas simultáneamente. Mientras su vista y sus manos se dedicaban a repetir en forma exacta aquello que le era conocido, su mente podía volar hacia lugares remotos o detenerse en asuntos cotidianos pero ajenos al trabajo. Hoy, por ejemplo, en vez de decidir qué compraría al día siguiente en el supermercado, tenía ganas de fantasear con sitios distantes.

Vio montañas, un bosque muy verde, una mujer con ropas típicas que no podía precisar y una cascada. Enseguida se dio cuenta que esas imágenes pertenecían al folleto que le habían dado los de la agencia de viajes de al lado. Le gustaba hojear esos paisajes pero sólo para retenerlos en su mente. La posibilidad de estar inmersa en ellos le producía temor.

Sólo unas vacaciones se alejó de la ciudad. Llegó a ir a las Cataratas del Iguazú con una amiga. A decir verdad, los saltos de agua le gustaron, y ver esa tierra tan roja también, pero el silencio que había alrededor del hotel, en medio de la selva, terminó por angustiarla. No estaba acostumbrada al canto de los pájaros y extrañaba el ruido de los coches. Al cuarto día, antes de lo previsto, se volvió. Por eso pensar en otros lugares, no era en forma alguna un posible plan de vacaciones. Era simplemente una distracción, que su mente dividida le permitía hacer.

Pero, de todas formas, se sentía algo cansada de tanta rutina aunque la idea de un destino diferente al que transcurría dentro de esas dieciséis paredes -las de su oficina y las de su casa- le producía tanto miedo como un viaje a Bariloche. Tal era así que para despejar ese periódico descontento se refugiaba en algo que había leído en el mismo manual de filosofía que la había advertido sobre su mala conducta. Uno de los capítulos -a su juicio el más interesante- relataba cómo uno al morir en realidad no moría si no que se transformaba en otra cosa. A partir de esta idea, podía barajar entonces distintas posibilidades para su próxima vida. Y así lo hacía, quedándose casi siempre a la hora de elegir circunscripta al mundo de los insectos. Admiraba a estos animales porque a pesar de su tamaño y fragilidad, siempre se mostraban resueltos e inteligentes. Bastaba con mirar a las abejas: ¿acaso había otro ser que tuviese tan claro su destino y su misión en este

Sí, absolutamente decidida, para su próxima oportunidad Adelina soñaba con formar parte de un riguroso y alegre panal. La idea de transformarse en abeja la embriagaba y la liberaba en forma inmediata del carácter algo gris que por momentos entristecía su existencia.

Antes de llegar al despacho del señor Musciarelli la detuvo:

-¿A dónde vas? Si el jefe no está... Claro cierto que vos no estabas: tuvo un infarto esta mañana. Llamaron para avisar.

A Adelina le temblaron las manos, la bandeja se desequilibró y oyó la voz lejana de Musciarelli que decía:

-Si no te tomás el café dámelo a mí. Fue hasta la pileta y tiró el líquido negro: se sentía descompuesta. Respiró hondo y trató de aclarar su mente. Como le decía siempre su única amiga Nélide, no tenía que estar todo el tiempo pensando en cosas raras, y verse involucrada en lo que había pasado era una tontería. Después de todo hoy un infarto era cosa normal y con tanto trabajo era previsible. Decidió seguir escribiendo a máquina hasta las seis, como siempre.

Mientras recogían las cosas para irse, alguien dijo de comprar un ramo de flores entre todos y llevarlo a la clínica. Otro mencionó que era mejor una caja de bombones. Y ella se quedó última, como de costumbre, con el fin de regar las plantas. Utilizaba este pretexto para no tener que compartir el trayecto en colectivo con nadie de la oficina y en un día como aquél, con lo que había ocurrido, tenía mas motivos para volverse esquiva. Pero no pudo cumplir con su tarea diaria. Una vez que se fueron todos se quedó quieta junto al gomero, con la regadera en la mano, completamente aturdida. La culpa comenzó a martillarle el cerebro lentamente hasta que la presión sanguínea le inflamó las mejillas y los brazos. Las piernas, todavía en estado normal, fueron las encargadas de sacarla de ese ambiente minado de desgracia. Abandonó el lugar dejando las macetas secas y las luces encendidas. Solo a través del acto reflejo llegó a dar una vuelta de llave a la puerta.

En la calle el aire fresco y el ruido de los coches no la calmaron. Se puso peor. Se sintió mirada por la gente y creyó que un auto rojo la seguía.

Cuando llegó a la parada del colectivo sus colegas estaban todavía ahí.

Esta vez no había perdido tiempo suficiente con las plantas y la coincidencia era inevitable. Fue Sofía la que la vio venir y en un gesto de

sorpresa algo desmedido le gritó:

-¿Qué hacés acá, Adelina?

Y Adelina, sin ver a nadie, no escuchó su nombre sino otra palabra: asesina. Trató de huir.

Sus piernas nuevamente funcionaron independientes pero esta vez sin fortuna. No llegó a cruzar la calle y curiosamente, tal vez a causa de tanto impacto emocional en un sólo día, ninguno de los compañeros de trabajo reaccionó en la forma que se esperaba en un momento así. Es más, Blanca y Sofía se precipitaron sobre un taxi para abandonar el lugar en forma inmediata.

Sin información alguna, el personal de la ambulancia no pudo recurrir a nadie para identificar a la víctima.

Al día siguiente se hizo el velatorio. Fue su amiga Nélide la que se encargó de los pormenores y el ataúd, dadas las circunstancias, permaneció todo el tiempo cerrado.

Sus compañeros de la oficina mandaron una corona de flores, esta vez por unanimidad, y la señora del jefe, olvidando por un momento sus propias preocupaciones, hizo mandar un telegrama de condolencias que tuvo a Nélide como única destinataria.

Dos meses después, antes de lo previsto, el jefe pudo retornar al trabajo y a pesar de haber perdido bastante peso se lo veía muy bien.

Todas las tardes una nueva empleada entraba en su despacho en el mismo horario que antes lo hacía Adelina. Pero sobre la bandeja no había más una taza de café ya que a causa del infarto éste había sido prohibido por los médicos. De ahora en más lo recetado era té, preferentemente con unas gotitas de miel.



adriana osella
estudio de diseño gráfico

J.C.Paz 1257 - Alberdi - Tel/Fax 556390

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

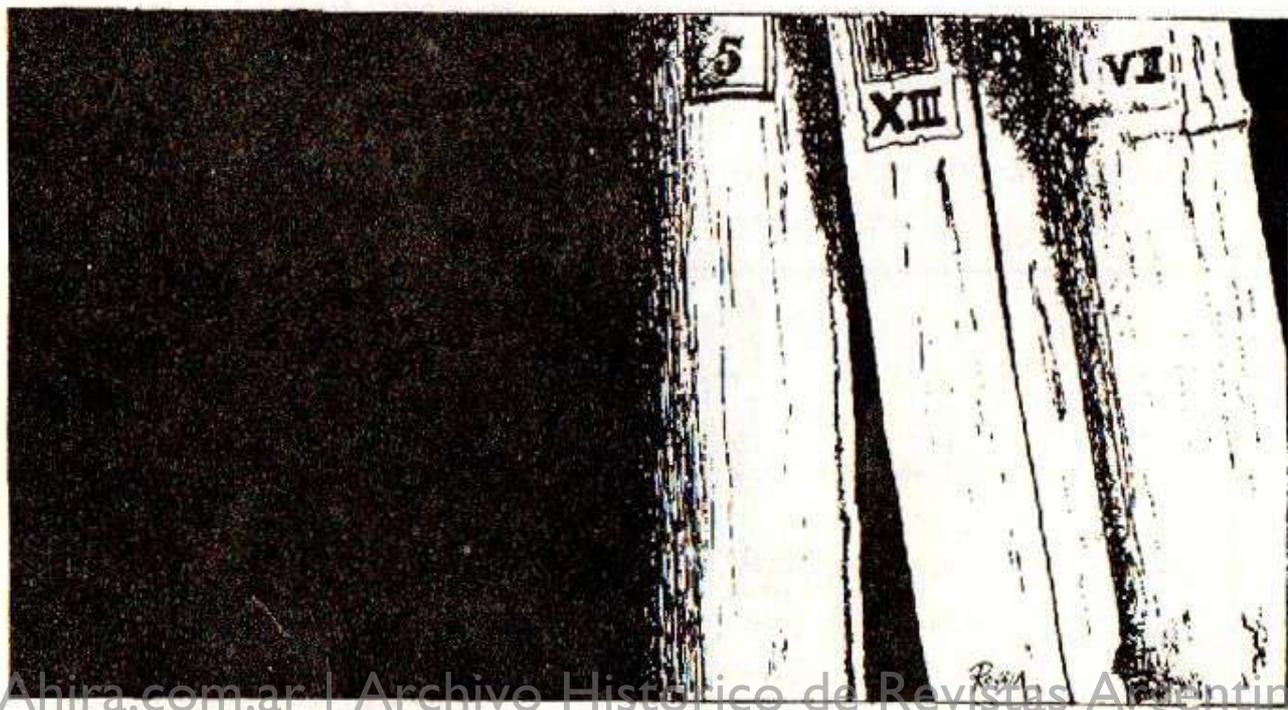
Cacerola de cerebros

Pablo Crash Solomonoff

Creo que si golpeo la mesa, el sonido durará dos o tres segundos como mínimo. Más, seguramente, que en cualquier otro lugar y circunstancia. Hay ruidos, sí, los comunes a toda biblioteca. Pero cada uno de ellos es más grande, más importante, más significativo aquí dentro, tal vez por efecto de la prohibición, de los carteles que piden silencio, y no fumar, y no entrar con alimentos, y no escribir en las mesas...

Se me ha ocurrido más de una vez imaginar el ruido que produciría una silla tirada con violencia contra otra, o contra la pared, o simplemente hacia arriba. Esa imagen, mejor dicho, ese sonido, me produce un regocijo muy secreto; íntimo, en la enorme nave de la biblioteca central de la Facultad de Humanidades y Artes.

Mi culo llora las horas de esta silla. Ese carácter ilícito, prohibido, del sonido, es el que le proporciona ese sabor especial -pero sin embargo auditivo-, similar solamente al de los cementerios. Tal vez menos deseado, eso sí; de todas formas, el sonido irrumpe en esta gran cacerola de cerebros, cual cuchara que nos saca del hervor, para llevarnos hasta quién sabe qué boca.



Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

La fascinación de los viajes urbanos

Marcelo Valenti

Me gusta viajar en colectivo. Confío en que alguien responsable maneja el vehículo y yo me dedico a mis recuerdos y fantasías.

A veces, ocurren sucesos fascinantes.

El miércoles pasado había ocupado el último asiento individual. En cierto momento me llamó la atención un leve bufido a la altura de mi codo. Pensé que habría subido alguna mujer con un niño, del cual provenía la queja. Miré con disimulo, ya que sospeché que ambicionarían mi asiento.

Había alguien a mi lado, pero no era un niño. Se trataba de un hombre, vestido con un traje gris, que llevaba en su mano derecha una cabeza de mujer.

Dicha cabeza (que era muy bella) era la que se había quejado.

Sus rasgos denotaban fastidio. Yo pensé que tal vez se sentía molesta porque el hombre la sostenía de los cabellos, pero no me atreví a hacer ningún comentario, porque hubiera sido una falta de discreción.

Estaba imaginando cuál podría ser el nexo entre el hombre y la cabeza, cuando varios golpes secos volvieron mi atención hacia la calle.

Una bandada de cabezas revoloteaba sobre el colectivo. Se cerraron las pocas ventanillas abiertas. El chofer hizo lo mismo con las puertas y detuvo el ómnibus. Algunos pasajeros que iban sentados se ubicaron en el pasillo.

Entonces la cabeza comenzó a gritar. Su acompañante la depositó en el suelo y trató de calmarla con masajes en la sien y palabras tranquilizadoras.

Sus gritos parecieron enardecer a las agresoras, que comenzaron a dar alaridos y a estrellarse violentamente contra el colectivo.

El ataque duró unos quince minutos. Los golpes eran tan brutales que el coche quedó bastante abollado. Las cabezas terminaron estallando contra el vehículo.

Durante el ataque una mujer, desesperada a causa de los chillidos que emitía la cabeza a bordo, la acalló a carterazos.

El colectivo volvió a arrancar y todos suspiramos de alivio.

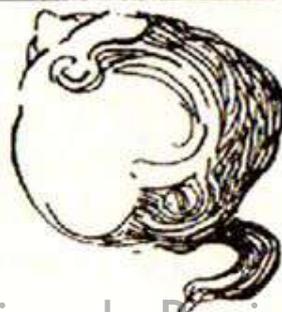
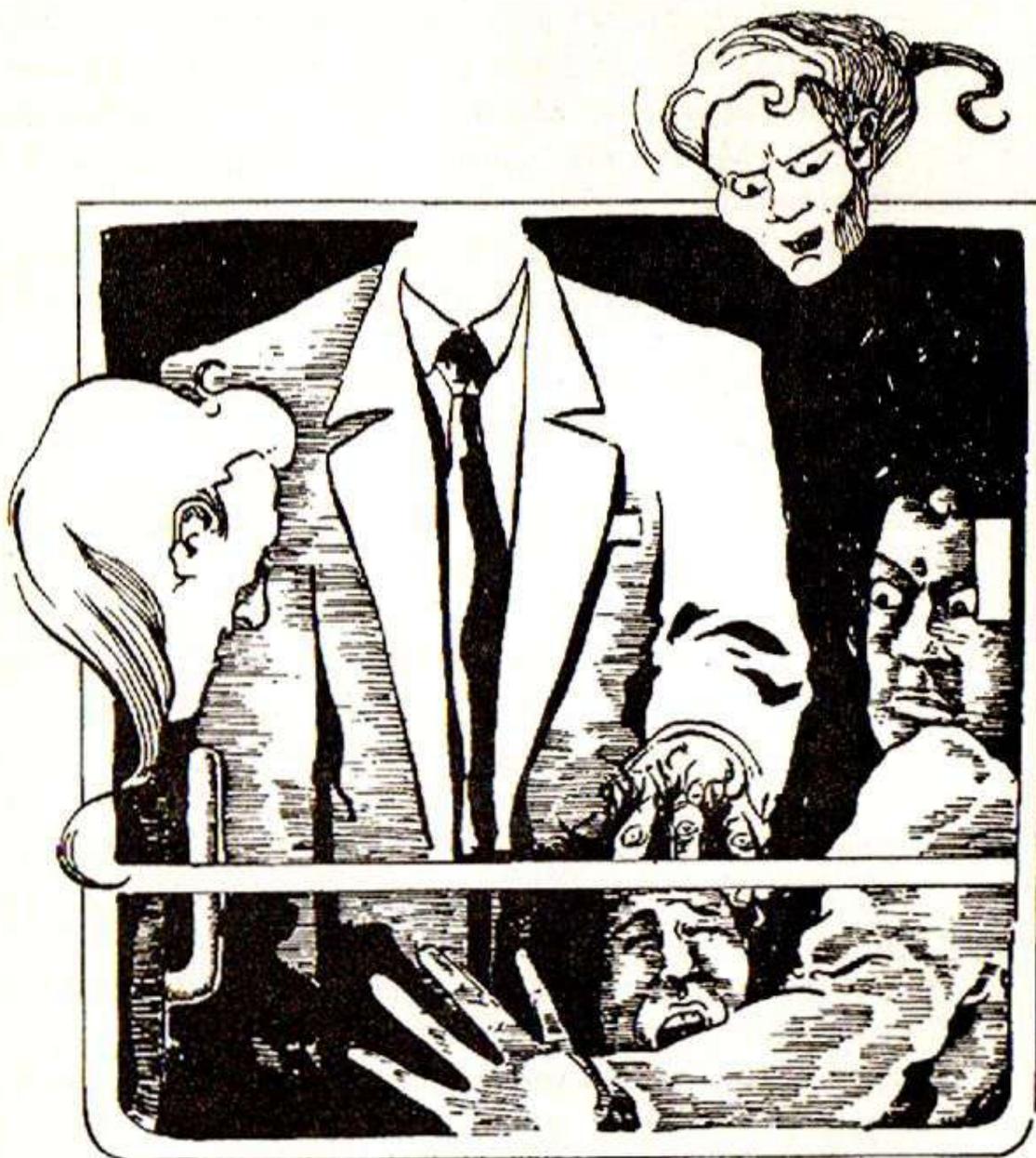
Todos, menos el hombre del traje gris.

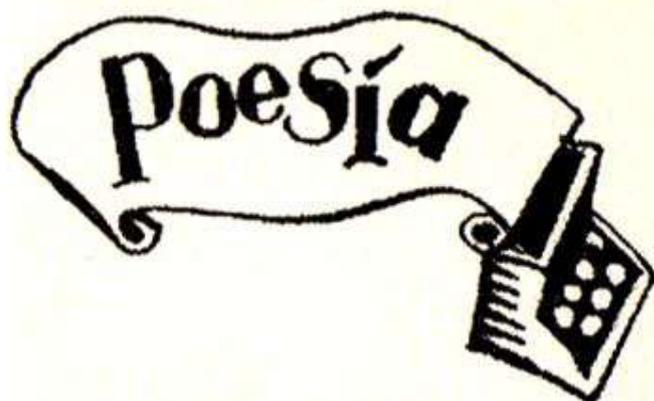
Levantó la cabeza, la envolvió con el saco y le avisó al chofer que se

bajaba.

Todos nos volvimos para mirarlo, cuando el coche arrancó. Parado muy tieso en la esquina, lloraba y acunaba la cabeza.

El colectivo dobló en la siguiente esquina y lo perdimos de vista.





Abelardo Nuñez
éxodo

todos los ojos del tiempo
clausuraron la salida
y es como bajarse del Sol
si bestiales salientes retornan
a una voz sin rostro

en la juntura de los labios
reposa el salto mortal
con alas de olivo
judas abandona el péndulo

la pascua es para los nómades

Gabriel Roel

Al inicio, noviembre enciende el lila.
No sabemos quién pretende a quién.
Si el jacarandá a las nubes.
Si la sombra al sueño.
Si el susto a los ramajes.

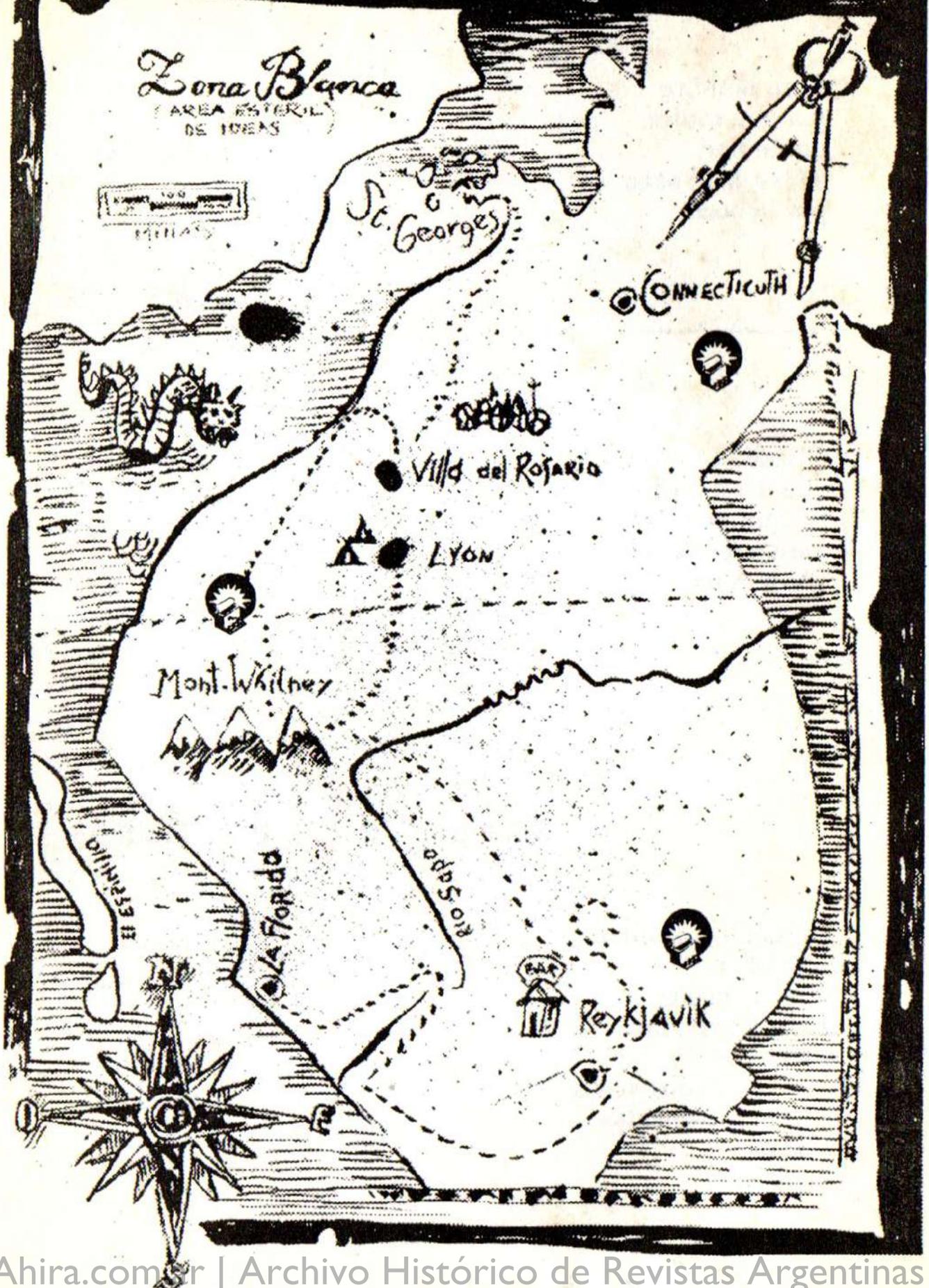
El dolor es fuerte
como una bala
¿dónde está el amor?
grita el marinero
mientras una lágrima
le perfora el ombligo
azul es la noche
el brillo del tabaco
la sangre
de los postes de luz
azul el vientre
de los náufragos sulfatados
magia cruda sin Babel
magia de espaldas al ocaso
de ginebra
y a la fiebre de
las manchas de polen
sumergirse
es crear
en la incógnita del amanecer
un otoño
donde el río y la lluvia
cantan hasta el orgasmo
sumergirse
es abrir en la calamidad
del tiempo
un seno mudo
sobre la ruina de los pájaros.

A un hombre
y a una mujer,
en un bar,
se les va el sexo
por la boca.

Olvidé el sentido
que iba a darle a esta flecha.
¿Cuántas veces hay que repetirse
para saber la esencia?
¿Aún la parte?

Pasos entre muros falsos

Cimientos de ciénaga
sostienen
otros cuerpos.
En la oscuridad
los ciegos
 (dos veces ciegos)
están convencidos
que la luz
no es otra.



**Viajeros de la Underwood
hacen parada en:**

Peccata Minuta - Córdoba 954 PB L.10

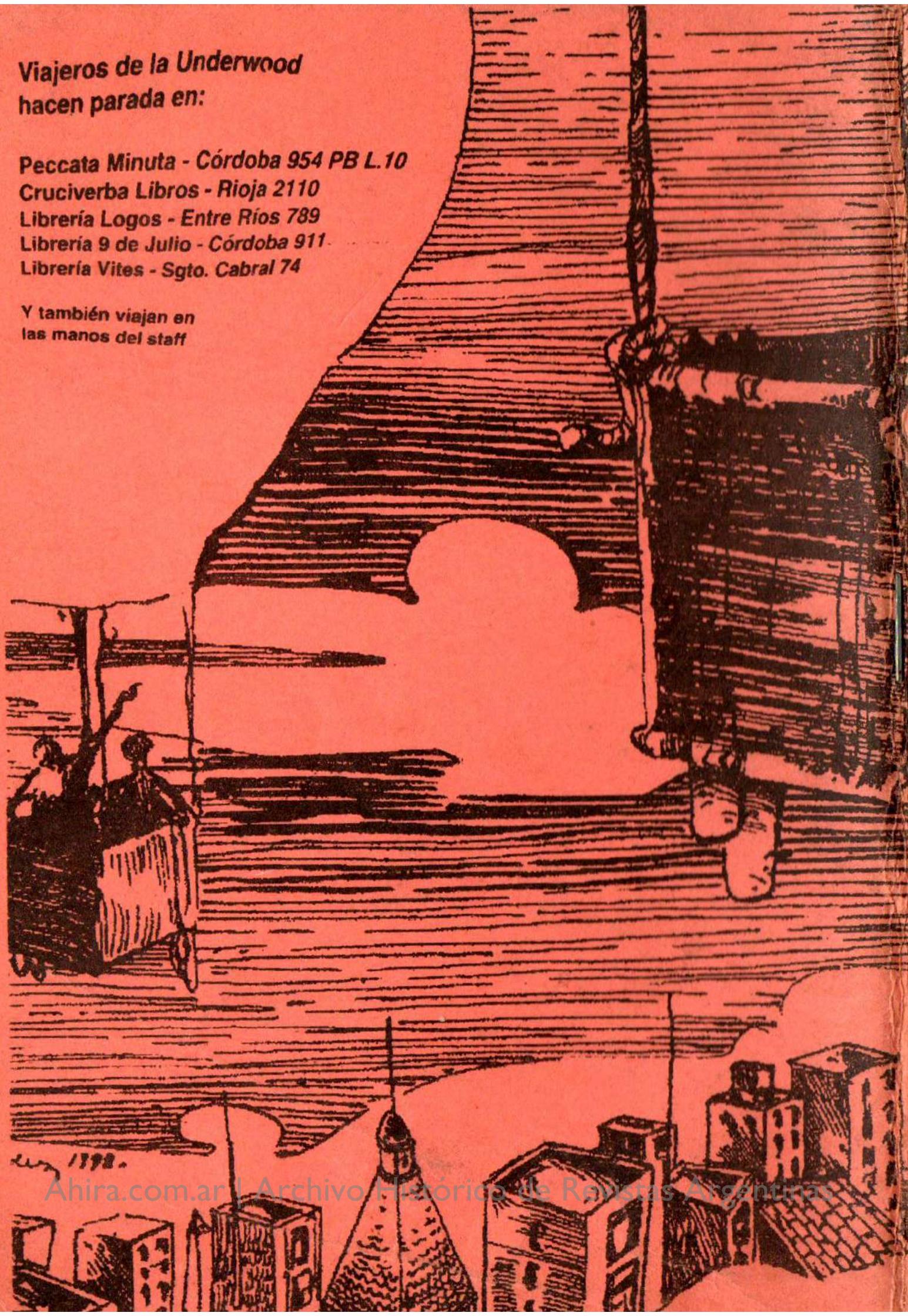
Cruciverba Libros - Rioja 2110

Librería Logos - Entre Ríos 789

Librería 9 de Julio - Córdoba 911

Librería Vites - Sgto. Cabral 74

**Y también viajan en
las manos del staff**



Viajeros de la Underwood
hacen parada en:

Peccata Minuta - Córdoba 954 PB L.10
Cruciverba Libros - Rioja 2110
Librería Logos - Entre Ríos 789
Librería 9 de Julio - Córdoba 911
Librería Vites - Sgto. Cabral 74

Y también viajan en
las manos del staff

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la UnderWood

Segunda época



Año 1/ Nº 4

Marzo

1998

Rosario



\$1